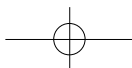
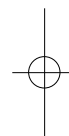
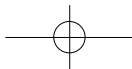
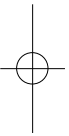
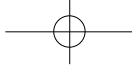


Acomodo a la historia

I

## **Asomado a la historia**





**E**stoy de pie sobre el techo del puesto de diarios que se recuesta sobre la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires en la esquina de Bolívar y Rivadavia, en diagonal a la Catedral, como asomado a la historia. Hay una multitud que brama y, por encima del estruendo, la voz cascada del general Juan Perón, rodeado por José López Rega y Lorenzo Miguel, fustiga desde el balcón de la Casa Rosada a “esos estúpidos imberbes que gritan”. Es la señal que esperaban los grupos de la derecha para echar a los Montoneros de la Plaza de Mayo.

Como si estuviera en un palco, a mis pies se produce el enfrentamiento feroz. Las armas son los gruesos palos de madera que sostenían los carteles y pancartas, y entre insultos y ayes comienzan a romperse cabezas y huesos, hasta que se produce el desbande.

Ocurrió el 1° de mayo de 1974, y sin alcanzar a cumplir un año, se hacía añicos en la lucha fratricida la esperanza que había abierto el retorno de la democracia y del líder proscripto. Yo era un joven cronista de la mítica agencia de noticias Saporiti. Como si fuera un sino, la historia moderna de la Argentina me pondría después muchas veces frente a acontecimientos decisivos, traumáticos, de un país que parece no aprender de sus errores.

En la misma plaza escuché pocos días después el último discurso de Perón. El 12 de junio de ese año se asomó al balcón con su característico sobretodo “*pied de poul*” con cuello de terciopelo negro. El frío acentuaba la tristeza de la concurrencia cuando el viejo y cansado general, como quien se despide presintiendo el final del camino, dijo: “Llevo en mis oídos la música más maravillosa que para mí es la palabra del pueblo argentino” y se metió en su despacho lentamente, como quien se desangra. Diecinueve días después moría. Pero lo sobrevivió la violencia.

No sé por qué estos recuerdos me visitan. Debe de ser porque, como si hubiera bajado recién del puesto de diarios y de una mágica máquina del tiempo, estoy en la misma esquina de Bolívar y Rivadavia y en medio de la misma violencia que también persigue a los argentinos como un destino. Pero pasaron más de tres décadas. Es el 20 de diciembre de 2001, y Fernando de la Rúa, en los estertores de su gobierno, decidió que su final sea solitario, triste y sin gloria.

Como metidos en una película de acción, con mi compañero Javier Lozano, periodista de fina pluma que llegó a Canal 13 proveniente de la gráfica, estamos transmitiendo en directo por Todo Noticias la batalla campal desde la Plaza de Mayo. Policías a caballo, a pie y en vehículos blindados, con rencoroso entusiasmo, como si toda su vida hubieran estado esperando este

momento, rompen huesos y cabezas de gente común, que llegó a la plaza a reclamar “que se vayan todos”.

La fiereza de la represión dispersa, aleja, ahuyenta a la mayoría, pero queda un nutrido grupo de jóvenes —activistas muchos, inexpertos movidos por la rebeldía y la valentía características de la edad, otros—, que armados con piedras resisten las embestidas de la policía, la acosan, en una batalla de avances y retrocesos que ya lleva horas.

Hace calor. Con la camisa empapada de transpiración debajo del traje y corbata reglamentarios, estoy metido en el medio de la acción, como me gusta. Puedo ver de cerca cómo el coraje, el miedo, el odio ponen sus máscaras en los rostros de los protagonistas. Las piedras vuelan a mi alrededor. Me rozan los caballos de ojos espantados, con el pelaje chorreando sudor. La adrenalina que galopa por las venas torna al relato vibrante en estos casos. Trato de transmitir imágenes y sensaciones que le den contexto a lo que la gente ve en la pantalla, mientras pienso: mi destino me llevó a presenciar otro hecho histórico lleno de violencia. Pero a éste casi me lo pierdo.

El principio del final de Fernando de la Rúa comenzó la noche del 19 de diciembre. El peronismo le había soltado la mano y ya se relamía con la vuelta al poder, cuando mareas humanas llegadas a pie desde todos los puntos cardinales de la Capital y el Gran Buenos Aires convergieron sobre la plaza al grito de “¡Que se vayan todos!”.

El bolsillo suele ser una víscera más sensible que el corazón para generar sentimientos. Gente impensada, que nunca había salido a la calle, engrosó enfurecida las columnas porque le habían confiscado sus depósitos. El “corralito” que inmovilizó sus dineros les hizo romper el corral de la indiferencia cívica, que es uno de los males sociales de la Argentina.

Ninguna movilización histórica de masas, tampoco la del 17 de octubre de 1945, fue absolutamente espontánea, pero aquella, como ésta del 20 y 21 de diciembre de 2001, aunque hayan sido impulsadas por móviles políticos encontraron eco masivo en la gente. Obtuvieron la adhesión visceral de muchos.

Ya había finalizado mi turno en el canal, pero quise asistir esa noche aunque fuera como un ciudadano más y —afrentando el enojo de mi esposa— salí cerca de las diez de la noche para la plaza llevando conmigo a mi hija Jazmín, que tenía once años. Quería que viera a las masas en acción. Como ríos torrenciales que bajan de la montaña buscando su desembocadura, la gente salía con lo puesto y caminaba por calles y avenidas golpeando cacerolas y sartenes, con destino a la Casa de Gobierno. Circunstancias cruciales como éstas son conta-

das en las historias de los pueblos, que ocurran durante nuestra vida puede ser una casualidad, y presenciarlas desde el ojo de la tormenta, un privilegio. Nos sumamos al aluvión y llegamos hasta las puertas mismas de la Casa Rosada, pero terminamos corridos, lagrimeando casi asfixiados por los gases.

“Papá, ¿nos vamos a morir?”, me preguntó asustada Jazmín. “No, mi amor. Enseguida se nos va a pasar”, la tranquilicé mientras emprendíamos el regreso a casa.

Ya había otros compañeros, entre ellos Miriam Lewin, trabajando esa noche en la plaza. Después de dejar a mi hija, llamé por teléfono y ofrecí mis servicios al jefe de turno, pero no me llamaron.

Cuando a la mañana del 20 las cosas se pusieron peor, seguía sin ser asignado para ir a la plaza. En cambio, me encargaron que visitara al historiador José Ignacio García Hamilton para que diera un contexto histórico a la pueblada. Cuando terminó la nota me comunicaron que tenía que ir... a un bar a tomar café, un recurso utilizado por los productores cuando no tienen ninguna tarea para darte y no quieren que se note, o cuando quieren dejarte afuera de determinados temas.

Desobedecí la “propuesta” y regresé al canal. Me moría por ir a la plaza. La hondura de la frustración que le provoca a un periodista no estar en estos acontecimientos sólo puede ser comparada con la del preso que ansía la libertad más que nada en el mundo, y no puede tenerla.

En las adyacencias de la Plaza de Mayo ya comenzaban a caer los primeros muertos, mientras yo vegetaba en la redacción, hasta que oí como una música celestial para mis ya ultrasensibles oídos: era la voz del gerente de noticias, Carlos de Elía, que preguntaba en la sala de control de transmisión: “¿Dónde está Bazán? ¿Qué está haciendo? ¿Por qué no está en la plaza?”.

Así fue que me encontré otra vez trabajando en la plaza por la que pasa la historia, salpicada de violencia, de la Argentina. Hasta que cuando la acción policial fue arreando a los manifestantes hacia el Obelisco me derivaron con el móvil hacia ese lugar.

Decidí hacer el trayecto a pie, y contemplé edificios en llamas y destrozos por doquier. Una cosa es verlo por televisión, otra, mucho más inquietante, respirar con el humo y el olor a pólvora el ominoso, azaroso, amenazante clima que sólo produce la muerte cuando aletea en busca de sus víctimas. En esas horas y en esa zona del centro de Buenos Aires se produjo la muerte de cinco jóvenes, entre veinticinco manifestantes que fueron heridos.

Y pudo haber muchos más. Frente al Obelisco y al edificio de OCA, ubicado en Corrientes y Diagonal Roque Sáenz Peña, ardían dos camionetas incendia-

das por los más enardecidos, que se habían replegado hasta el lugar, cuando por la Avenida 9 de Julio desierta apareció, como de la nada, una columna de automóviles sin identificación policial.

“Parece que están abriendo el tránsito”, comentó ingenuamente uno de los técnicos del móvil. Yo, que estaba saliendo al aire por “Telenoche”, me tiré al suelo y alerté a todos, uniendo el dicho al hecho: “¡Están baleando a la gente a traición!”.

Parapetado detrás de la saliente de la plaza que rodea al Obelisco, describí la acción. La policía, de civil, había utilizado autos particulares para sorprender a los más rebeldes, y estaba disparando balas de plomo.

Había estado en muchas situaciones de represión a muchedumbres desde el retorno de la democracia, incluida la de Ushuaia, cuando las balas de la policía mataron a Víctor Choque e hirieron a otros manifestantes. La experiencia me decía que cuando la policía apelaba a las balas de plomo, había premeditación o, por lo menos, un guiño de la autoridad. Y en este caso era evidente, por la forma sistemática en que se estaban disparando proyectiles mortales sobre la gente.

Estábamos, como tantas veces, en el medio del enfrentamiento, y volví a escuchar el inquietante silbido del plomo cuando rasga el aire. En esos casos se pueden hacer dos cosas: escapar o quedarse a trabajar rogando no tropezar con la bala que lleva nuestro nombre.

Me quedé, rogué, sobreviví.

Hace poco reviví esas sensaciones cuando las imágenes de la batalla urbana fueron reproducidas en un documental conmemorativo. Descubrí en el tono agudo y tenso de mi relato las emociones fuertes del momento, y volví a preguntarme por qué en esas circunstancias algunos periodistas elegimos quedarnos, en vez de alejarnos como ordena el instinto de conservación.

La decisión de correr casi irracionalmente hacia el lugar del que todos escapan se toma en una fracción de segundo. El temor no puede evitarse. Mentiría si dijera que yo no lo siento ante cada riesgo de vida. Es como un soplo helado en el corazón, un encogimiento muy íntimo en el cuerpo. Pero hay algo en el periodista de vocación que lo empuja a sobreponerse, a seguir, a afrontar el peligro, que suele cobrar caro el desafío: en 2004 la pasión por informar llevó a la muerte a 53 periodistas en todo el mundo, 14 más que en 2003. También la Argentina, como una embarcación que navega en aguas tempestuosas, conducida erráticamente entre escollos acechantes, parecía empeñarse en desafiar el peligro sin aprender de la historia.

En esa y otras ocasiones llegué a sentir que la televisión había nacido para mí y que yo había nacido para la televisión. En realidad, nací antes de que

llegara la televisión a la Argentina, que tardaría muchos años en entrar en mi hogar pobre de seis hermanos, hijos de exiliados políticos paraguayos, que arribaron para reconstruir su historia a la Argentina acogedora y propicia de los albores del peronismo. Temprano descubrí la crueldad del desarraigo, cuando todavía niño contemplé el llanto angustioso de mi padre, Gumersindo, que humedecía la carta con la noticia de la muerte de su madre, más dolorosa porque la distancia impedía el último adiós. Ellos trajeron sus añoranzas e ilusiones, pero el golpe artero del cáncer se llevó muy joven a mi mamá, Alicia, cuando yo tenía quince años y el menor de mis hermanos, Rogelio, apenas dos. Mis padres se desvelaron para criarnos, y en treintantas carencias nunca nos faltaron el cariño, la educación y el estímulo cultural, en el que la radio y el cine tuvieron un rol preponderante. Durante años fuimos al cine Las Flores, de Lanús, decorado en su interior con frescos monumentales del Quijote y otros personajes de los clásicos de la literatura iberoamericana, y nos entusiasmos, divertimos y emocionamos con centenares de películas que acompañaron nuestro crecimiento. Hace poco pasé por casualidad y descubrí que se había convertido en un garaje. Corrió el mismo destino de tantos que llenaron de fantasías e ilusiones eternas a generaciones enteras. Los poetas tienen el don de poner en palabras lo que el común de los mortales sentimos en determinadas circunstancias, y después de "Los fantasmas del Rox í", de Serrat, resulta más fácil explicar la tristeza y el vacío que causa estar ante los despojos de un cine. Yo también vi danzar los fantasmas de Johnny Weissmüller, Ana Magnani, Tita Merello, Los cinco grandes del buen humor, Burt Lancaster, Charles Laughton, Boris Karloff, Danny Kaye, el clan Sinatra, Doris Day, Audrey Hepburn, Brigitte Bardot, Yves Montand y tantos otros que contribuyeron a hacer feliz el paso por la niñez y la adolescencia, que no era tan vertiginoso como en estos tiempos.

La niñez parecía querer perpetuarse en los pantalones cortos, que persistían empecinados hasta que recién a los trece años se jubilaban, para dejar paso a los primeros pantalones largos que se estrenaban para ir al primer año del secundario. Y también en las diversiones infantiles, que cuando las computadoras y los juegos electrónicos eran cosa de ciencia ficción, consistían en treparse a los árboles o en reñidos juegos de bolitas o figuritas. Actividades que se suspendían para llegar a tiempo a tomar la merienda con el alma en un hilo por las aventuras de Tarzán, el León de Francia o el Llanero Solitario con su fiel ayudante indio Toro, que la fantasía personificaba en la radio. Eran tiempos sin televisión en los que exacerbaban la imaginación las revistas de aven-

turas, *Rayo Rojo*, *Fantasia*, *Puño Fuerte*, cuya lectura sólo se abandonaba cuando el sueño vencía.

A los 21 años terminé la colimba y mi futuro era un signo de interrogación. Trunca mi incursión de dos años en la carrera de Derecho, mis dos vocaciones habían quedado en el camino: maestro normal sin ejercer y futbolista frustrado. Pero en aquellos tiempos florecían lo que ahora les falta a los jóvenes: oportunidades. La respuesta a la incertidumbre existencial apareció en un *Clarín* clasificados. Me convertí en uno más que engrosó la fila de quienes confirmaron la efectividad de la sentencia: “Serás lo que debas ser... o serás periodista”.

El aviso era de corrector de pruebas para una agencia de noticias de nombre presuntuoso: Centro de Información y Documentación (CID), que tenía por clientes a numerosos diarios del interior. No tenía idea de qué era un “corrector de pruebas”, pero pedían buena ortografía y sintaxis, y amplia cultura general, armas que me habían dado la buena instrucción recibida en los cinco años de estudio en la Escuela Normal Antonio Mentruyt, de Banfield, y el amor a la lectura que supieron inculcarme mis padres y profesores. Me presenté a ver qué pasaba y a pesar de que la fila de aspirantes era larga, al final me quedé con el puesto.

Corregía los errores de ortografía, sintaxis y tipeo de los periodistas y pronto quise ser uno de ellos. Redacté una nota y se la propuse al jefe de redacción, Rodolfo Olivera, un periodista sensible y culto detrás del gesto adusto, los bigotazos y el vozarrón; lector de los clásicos griegos sobre los que acostumbraba tomarnos examen. La tuvo una semana en el bolsillo hasta que la publicó. Era una crónica modesta sobre el retorno al ring del boxeador Gregorio “Goyo” Peralta, que había alcanzado notoriedad por algunos triunfos en los Estados Unidos pero, sobre todo, por su derrota en el Luna Park ante el inolvidable Oscar “Ringo” Bonavena, y le había puesto un título obvio: “Por la vuelta”. Pero cuando apareció publicada en varios diarios en letras de molde sentí una emoción que me dura hasta ahora.

Incorporé el oficio gradualmente, como cualquier aprendiz. En ese tiempo no había facultad de periodismo en Buenos Aires. La única estaba en La Plata. Recorrí una a una las secciones: policiales, artes y espectáculos, deportes, política. Dicen que las agencias eran las mejores escuelas de periodismo. Eran tiempos románticos. Tras el cierre del servicio íbamos seguidos a tomar un café o una copa al American Bar, de Diagonal Norte y Florida. Después, a cenar en restaurantes como el Bachín, que inspiró el entrañable “Chiquilín” de Piazzolla y Ferrer. Tras la sobremesa, en ocasiones buscábamos una peña

donde solía recitar Ubaldo Martínez. Había días en que, después de tomar un café de madrugada, regresábamos sin dormir a darle a las teclas de la Olivetti con el sobretodo puesto.

Me enamoré para siempre de la profesión, que me llevó durante años por las redacciones de agencias de noticias, diarios, revistas y radios, mientras la dictadura languidecía hasta hundirse en la noche de los tiempos, y amanecía la democracia sobre la Argentina que lamía sus heridas y lloraba a sus muertos. Hasta que una noche me llamó la televisión.

Era tarde. Ya me iba de la redacción de la agencia Diarios y Noticias cuando sonó el teléfono. Del otro lado de la línea escuché el vozarrón con la tonada inconfundible y me imaginé la sonrisa perpetua de Sergio Villarruel:

—¿Qué estás haciendo, Negro?

—Me estoy por ir a mi casa.

Incomprensiblemente para mí, comenzó a interrogarme. A qué hora me levantaba, a qué hora dejaba de trabajar, si terminaba muy cansado. Mis respuestas lo deben de haber conformado porque me citó imperioso.

—Venite para el canal.

Nunca había entrado en las entrañas de un canal. Y en el taxi iba alimentando las fantasías que debe de despertar en todos el mundo mágico de la televisión. Esperaba encontrarme con pasillos llenos de risas, bullicio y trajín. Cómicos, actrices y actores famosos mezclados en alegre confusión con bellas bailarinas. Pero la oficina de Villarruel, flamante gerente de noticias, estaba fuera del canal, en un edificio de dos plantas, sobre la avenida San Juan. Cuando entré, mi imagen apareció en la pantalla de uno de los cuatro monitores que tenía frente a su escritorio. Estaban pasando por ATC la grabación de un programa de Hugo Gambini y yo formaba parte del panel de periodistas especializados en temas gremiales que habíamos sido invitados porque el entrevistado era el ministro de Trabajo, Antonio Mucci.

Villarruel había llegado a la gerencia de noticias nombrado por las autoridades del flamante gobierno democrático, después de padecer un prolongado “congelamiento” durante la última etapa de la intervención del canal a cargo de la Armada. Cuando una empresa tiene animosidad con algunos de sus periodistas los “congela” apartándolos de las noticias calientes de actualidad. A él, uno de los mejores del medio, lo habían tenido meses enteros relatando las alzas y bajas de la Bolsa de Valores como única actividad. Me contó que estaba buscando conductores para un noticiero que iba a salir a la medianoche.

—Mirá qué lindo que salís —dijo sin burlarse, indicando la pantalla, y me contó, satisfecho, que estaba ejecutando lo que prometió en muchas, largas guardias periodísticas compartidas.

—Si llego a gerente, Negro, se van a acabar las modelos que hacen de periodistas, voy a poner periodistas en serio.

“Primera Hora” se llamó el noticiero. Duraba una hora y nuestro productor era Alfredo Paratcha, un hombre de trato amable y gran experiencia. En el estudio me tocaba acompañar a Rodolfo Pousá, que nos transmitió generoso su conocimiento del medio, y a Mario Nacinovich, un destacado especialista en economía, de excelente humor y buen compañero. Era un programa prestigiado por los columnistas. No puedo olvidar a Ricardo Arias, un prócer del periodismo deportivo, que trabajaba con el entusiasmo que sólo da el fuego sagrado de la profesión, a pesar de la edad y de que ya estaba avanzada la enfermedad que poco después lo llevó a la muerte. Nos admiraba y enternece verlo llegar corriendo como en la película *Detrás de la Noticias*, con el casete con la crónica recién filmada para que entrara a tiempo en el noticiero. Completaban el plantel de comentaristas Marcelo Zapata, en espectáculos, y dos críticos prestigiosos, Osiris Chiérico, de artes plásticas, y Jorge Laforgue, de literatura.

Corría 1984, estallaba la primavera democrática y podía ejercerse el periodismo con libertad después de los años oscuros de la dictadura, con su censura férrea y criminal con los que no la acataban: noventa periodistas muertos o desaparecidos dan testimonio de la persecución que sufrió el gremio en esos años de plomo en los que figurar en la agenda equivocada podía significar quedar al arbitrio criminal de los dictadores. Lo había comprobado en carne propia cuando, en 1976, el general Albano Harguindeguy, ministro del Interior de la Junta Militar, exhibió amenazante a mi director en la agencia Noticias Argentinas, Horacio Tato, una agenda de un dirigente montonero en la que figuraban mi nombre y teléfono, como quien muestra la prueba de un delito atroz. En realidad, yo había sido registrado por ese dirigente cuando los Montoneros daban conferencias de prensa antes de pasar a la clandestinidad, pero en esos tiempos azarosos cualquier excusa era válida para eliminar o aterrorizar periodistas. Felizmente esa larga noche había quedado atrás y amanecía el sol de la libertad, pero en el horizonte luminoso ya se cernían las primeras nubes oscuras que anunciaban tempestades.

\* \* \*

En aquellos tiempos iniciales la redacción del noticiero del Canal 13 era un salón del primer piso de un caserón sobre la avenida San Juan, con media docena de antiguos escritorios metálicos, ficheros Kardex y vetustas máquinas de escribir Olivetti. Un monitor con una reproductora de video y un pizarrón verde, donde se anotaban las notas a cubrir, completaban el austero mobiliario. En la planta baja tenían sus despachos el gerente, Sergio Villarruel, y el productor y secretario de redacción, Leo Geyzer. Estábamos a años luz de la modernización tecnológica. Desde la calle sólo podíamos comunicarnos por teléfonos públicos. Recién años después nos dotaron de *walkies talkies*. Los teléfonos celulares sólo existían en la imaginación de sus inventores. Realmente es una demostración de la magia de la televisión que allí se produjera el mejor telenoticiero de la Argentina. La causa era una sola: la calidad del elemento humano. En el caso del gerente, Villarruel, la calidad profesional competía con la humana.

Sergio había llegado de Córdoba proyectado por una arriesgada y eficiente cobertura del “Cordobazo”, la histórica rebelión de masas contra la dictadura del general Juan Carlos Onganía. Fue el 29 de mayo de 1969. Obreros y estudiantes lideraron la movilización ferozmente reprimida por el ejército. La imagen de Villarruel describiendo la acción entre las balas, apenas cubierto detrás de una pared, se convirtió en un clásico. A veces pienso que se me debe de haber grabado en el subconsciente, despertando un sentido de emulación que se manifestaría años más tarde. Villarruel falleció el 9 de abril de 1997, a los 67 años. Y debe de estar orgulloso de sus dos hijos que perpetúan el apellido en los medios. Darío, un abogado que evoca el aplomo paterno en sus apariciones cotidianas en los noticieros de Telefé, y Claudio, el exitoso gerente de programación de ese canal. Nunca voy a olvidar cuando, al encontrarnos en un día de descanso en el ya desaparecido camping de la Asociación de Periodistas sobre el Camino de Cintura, me los encomendaba: “Cuídelos, Negro, hágalos jugar”.

“Lo quería mucho al papá de ustedes”, les dije en el velatorio de Sergio, al que concurrió una muchedumbre porque era muy apreciado, y me alegró que me respondieran algo que yo sospechaba: “Él también”.

Su paso por la televisión fue inolvidable. La riqueza del lenguaje, la memoria a toda prueba conve rida en un mito, la prestancia en la pantalla y, grabada a fuego para siempre, la tonada que trajo de su Córdoba añorada con el apego a algunas costumbres populares. Una vez lo vi en su despacho con el torso desnudo, mientras Clarita, la eficiente secretaria, le cubría con tinta china en la espalda (habitual receta de curanderos) las ampollas de la dolorosa culebrilla.

Bajo la conducción de Villarruel, el noticiero nocturno “Buenas Noches, Argentina” tenía un prestigio sólido como una roca y era imbatible. La obtención de los premios Martín Fierro era una rutina, y las estatuillas se acumulaban en los estantes sin mucho cuidado. Conozco a un camarógrafo veterano, que ya no está en el canal, que me confesó que luce en el living de su casa uno que se llevó de recuerdo sin que nadie lo echara de menos.

En setiembre de 1984 llegó la prestigiosa Magdalena Ruiz Guiñazú para hacer un programa especial sobre el “Nunca Más”, el revelador y valiente informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), que recorrió el velo que cubría el horror de los crímenes del terrorismo de Estado durante la dictadura. El programa duró una hora y media, y salió al aire a pesar de que quisieron intimidarla con una amenaza de bomba.

Después, Magdalena se integró durante un tiempo con Villarruel a la conducción de “Buenas Noches, Argentina”. Allí la conocí, y enseguida me convocó para integrar como ladero, junto a Oscar Obregón, el equipo que la acompañaría en su retorno a la radio. La productora era Marta Lamas y el programa se llamaba como el que luego tendría por Radio Mitre, “Magdalena Tempranísimo”, pero aquél salía por Radio Belgrano, con columnistas de lujo, como los escritores Tomás Eloy Martínez y Álvaro Abós, el padre Rafael Brown y el propio Villarruel. Estuve un año con Magdalena hasta que se mudó a Radio Mitre con Marta Lamas, pero nunca voy a olvidar su calidad profesional, su compromiso y su generosidad proverbial.